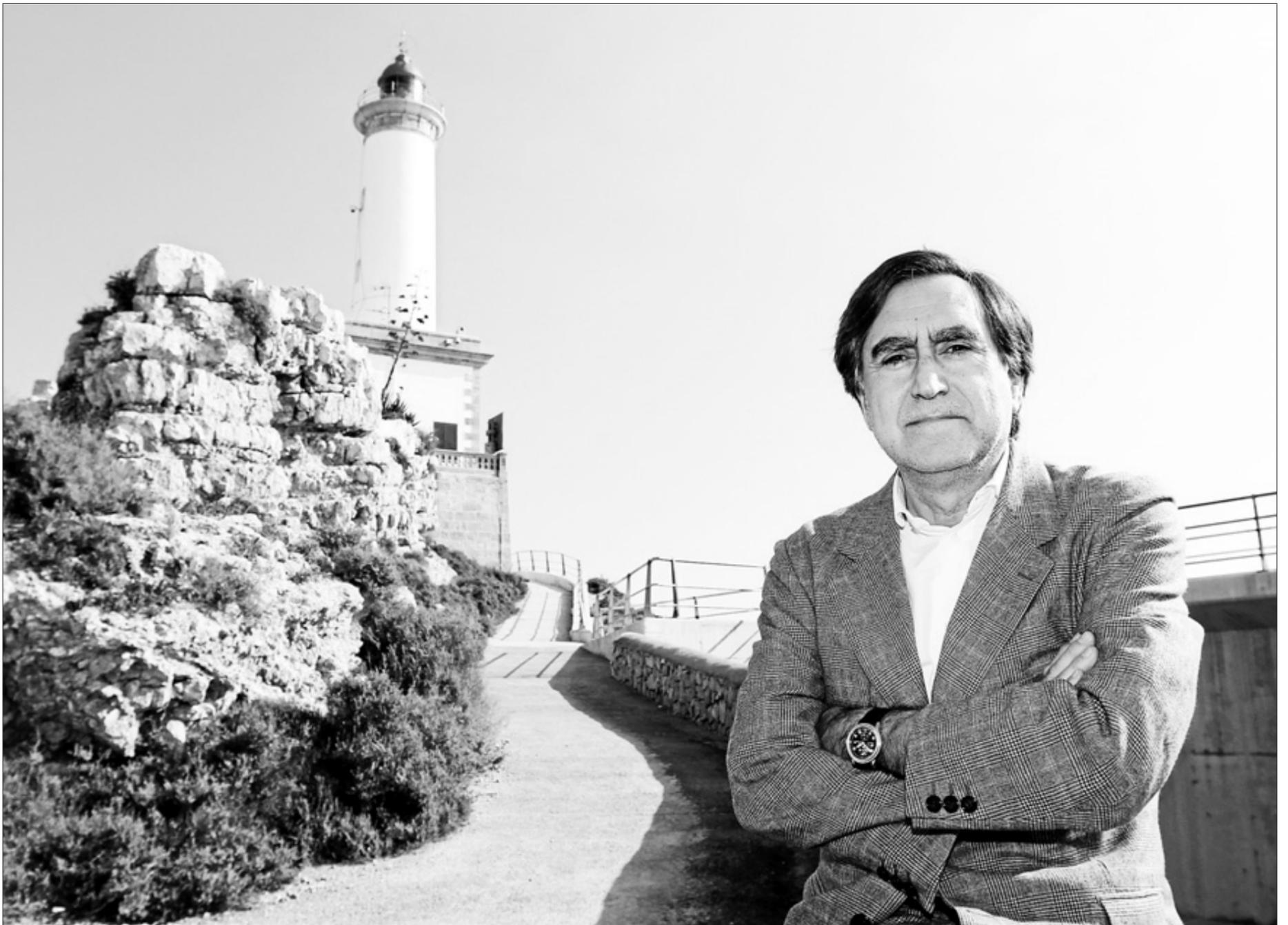




El historiador de arte Kosme de Barañano hace unos pocos días en Eivissa. VICENT MARÍ

«En España no se comprende que la cultura es un bien esencial»

Doctor en Historia del Arte, exdirector del IVAM, comisario de exposiciones y catedrático universitario, Kosme de Barañano ha visitado estos días en Eivissa al artista gallego afincado en Santa Eulària Jorge Castillo. Ha hablado para La miranda sobre museos, exposiciones y ferias de arte. **Pág. 22 y 23**



Kosme de Barañano en Eivissa. VICENTE MARÍ

Kosme de Barañano | CATEDRÁTICO DE ARTE Y COMISARIO DE EXPOSICIONES

«Una exposición es un discurrir sobre la obra de un artista»

El ex director del IVAM ha visitado esta semana en Eivissa el estudio del pintor Jorge Castillo

VICENTE VALERO

■ No hay muchas personas en nuestro país que conozcan tan bien como él el mundo del arte actual, con sus museos, exposiciones y ferias. En su trayectoria profesional ha contribuido para que, en los últimos decenios, el arte en España sea mejor conocido y valorado. Doctor en Historia del Arte y Catedrático de esta misma disciplina en la Universidad del País Vasco (1992-2004) y actualmente en la Miguel Hernández de Elche, Kosme de Barañano (Bilbao, 1952) ha compaginado su tarea docente con la dirección de museos y el comisariado de exposiciones nacionales e internacionales. Estuvo, como subdirector, en el equipo que puso en marcha el Museo Reina Sofía de Madrid a finales de los años 80. Dirigió el

Institut Valencià d'Art Modern (IVAM) entre 2000 y 2004, y es asesor y miembro de los patronatos de diferentes museos, entre ellos el Reina Sofía, el Villa Stuck de Múnich o el Bellas Artes de Bilbao. Es autor de numerosas publicaciones, desde artículos en revistas especializadas a textos para catálogos, además de varios libros monográficos. Escribe habitualmente sobre arte, exposiciones y ferias internacionales en el diario El Mundo. Como comisario independiente ha organizado varias decenas de exposiciones, desde Picasso a Chillida, Gauguin, Giacometti, Baselitz, Manolo Valdés, Anthony Caro, Lipchitz o Jorge Castillo. Precisamente para visitar a este último, que reside en Santa Eulària desde hace años, ha pasado esta semana unos días Eivissa. —**El motivo principal de su visita a la isla es el pintor Jorge Castillo.**

—Conocí primero su obra, hace ya muchos años, siendo yo joven, porque la pintura de Jorge ha triunfado desde hace ya 50 años... Es una pintura que siempre me ha gustado mucho, por la capacidad de dibujo que tiene, por su atmósfera de color y por el enigma. Todo ello conforma una figuración muy extraña y fuera de las modas. Después, conocí al pintor personalmente, cuando empecé a trabajar con Jan Krugier, un galerista suizo con el que yo tenía gran relación por dos aficiones comunes: la obra de Giacometti y los dibujos antiguos. Más tarde, Jorge me pidió que montara su exposición retrospectiva, en 2001, en Santiago de Compostela. Guardo un recuerdo extraordinario de aquella exposición, también por el edificio que alberga el Museo, del arquitecto Álvaro Siza, que resultó muy adecuado para la pintura de Jorge. Fue un placer

trabajar en aquella muestra, seleccionando 60 obras de una trayectoria tan amplia y compleja como la de Jorge Castillo.

—**No parece una tarea fácil, pues Castillo es uno de esos ya raros artistas que ha pintado y dibujado muchísimo.**

—Un comisariado consta de una parte conceptual, que consiste sobre todo en buscar una razón y un sentido a la exposición. No quise hacer, en la muestra de Castillo, una retrospectiva por periodos, sino más bien una antología de obras enigmáticas y seguir este curso 'del enigma' a partir de diferentes épocas. Pero un comisariado tiene también un aspecto, digamos más material, que consiste en colocar las obras en las paredes de un museo para darle a todo eso un camino, un recorrido al espectador, para que éste pueda disfrutar de la manera más cómoda de las obras.

—Ha dicho que Castillo es un artista que ha conseguido siempre estar fuera de las modas...

—Hay pocos artistas que desarrollen una obra fuera de las modas de su época. En España, Jorge es uno de ellos. Ni es pop, ni es informalismo, ni hiperrealismo, ni abstracto ni figuración... Es una mezcla de cosas muy diferentes: tradición española, mundo imaginario, fantasía. Una figuración sin hilo narrativo, atmósferas que más que representar cosas concretas lo que hace es proponer enigmas. Hay melancolía, asombro. De manera que no ha estado nunca en ninguna de esas corrientes con las que vamos archivando la historia reciente del arte.

—Háblenos de su experiencia como director en el Institut Valencià d'Art Modern (IVAM).

—Considero que fue una experiencia muy positiva. Por un lado, se trataba de cambiar el modelo para hacerlo más internacional. Por otro, atendiendo a la base de la colección Julio González, es decir, la escultura, montar muchas exposiciones de escultura, algo que suele ser infrecuente, entre otras cosas por los costes de producción. Y además de todo esto, crear una línea de búsqueda, la de Arte y Territorio, presentando en el Museo artistas cuyo pensamiento visual se ha dirigido a la intervención en la naturaleza, como Noguchi, Kavan, Simonds..., entre otros. Estoy orgulloso de aquella etapa.

—Pero no solamente la escultura. Es muy recordada la exposición de Francis Bacon, una de las primeras que se hizo en España.

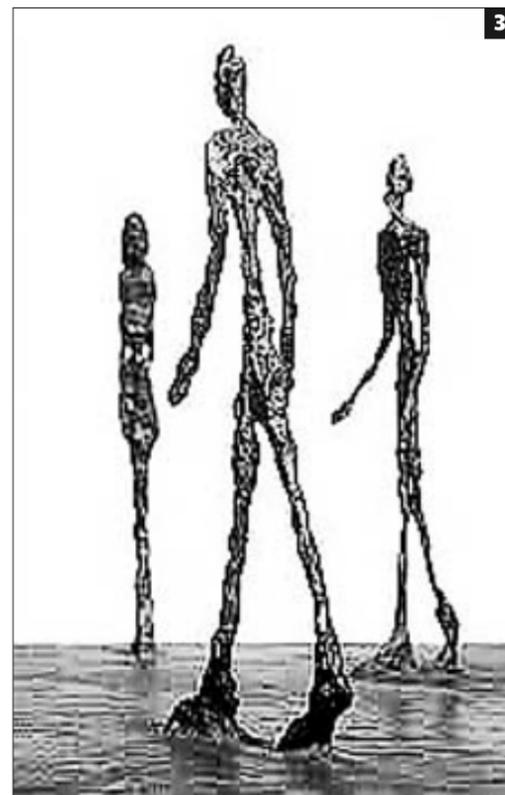
—Hubo exposiciones de pintura que pudieron tener un sentido especial, como la de Nicholson o la de Bacon. Intentaba focalizar aspectos muy concretos de la pintura de un artista. Por ejemplo, en el caso de Bacon, la exposición reunía todos sus trabajos en torno al tema de los Papas. Se trataba, pues, de ver la pintura de Bacon a través de este gran tema suyo, su paráfrasis del Papa Inocencio X, de Velázquez. Bacon trataba la soledad del individuo pero con una mirada trascendente, en su pintura se funden lo sacro y lo profano. Y en su serie de los Papas esta fusión es aún más visible.

—Usted empezó en el Museo Reina Sofía, como subdirector del mismo, formando parte del equipo que puso en marcha el Museo y lo inauguró. ¿Cómo recuerda aquellos años?

—Desde un año antes de que se abriera, participé en la constitución del Reina Sofía, y preparé, como comisario, la primera exposición que se hizo, con más de 300 obras de Giacometti. Se trataba de poner en marcha un proyecto ambicioso que luego ha tenido una repercusión extraordinaria en el arte en España y en la creación de nuevos museos. Para empezar, había que intervenir en un edificio italiano, el antiguo hospital de Sabatini, con una reutilización de la arquitectura por parte de un arquitecto extraordinario como es José Luis Íñiguez de Onzoño. Fue en general una historia compleja, porque había que reestructurar y crear nuevos departamentos, formalizar un organigrama amplio para el funcionamiento del Museo, etcétera. También fue muy importante la reubicación del Guernika, ya no como póster o icono antifranquista, sino como un cuadro de los años 30, dentro de una tradición pictórica. Pero los frutos de aquel trabajo se dan ahora no solo en el propio Reina Sofía, sino en muchos de los museos que se han abierto después en España, con los que el país se ha enriquecido artísticamente, más allá de las críticas que obviamente se puedan hacer a algunos de esos museos por su funcionamiento actual...



► COMO COMISARIO de exposiciones, Kosme de Barañano ha organizado decenas de muestras 1 La serie de los Papas -paráfrasis de la obra de Velázquez- de Francis Bacon pudo verse en el IVAM en 2004. 2 La escultura de Eduardo Chillida ha constituido siempre uno de los intereses principales de Kosme de Barañano 3 En 1990 organizó la primera exposición del Museo Reina Sofía: 300 obras del escultor Giacometti © DIARIO DE IBIZA



«La crisis afecta de una manera directa porque en este país no se ha llegado a comprender que la cultura es un bien esencial»

«Mi crítica a ARCO ha ido más a ese gasto de las administraciones en subvencionar galerías o artistas para comprar allí sus obras»

—Pero en no pocos casos lo que hay ahora repartidos por la geografía española son muchos pequeños museos con colecciones mediocres.

—Hacer la crítica de esto sería, por supuesto, un poco complejo. Ahora bien, es cierto que encontramos museos que, en vez de dedicarse a buscar la excelencia, se han dedicado al elogio y la compra de lo local y muchas veces provinciano. Otra crítica que se puede hacer es la falta de coordinación que ha habido entre todos.

—La crisis está afectando al arte y es posible que el mapa de museos también cambie en poco tiempo.

—La crisis afecta de una manera directa porque en este país no se ha llegado a comprender que la cultura es un bien esencial y los recortes por la crisis empezaron muy pronto en este sector. Es posible que las ad-

ministraciones acaben cerrando algún museo o, por lo menos, rebajando considerablemente los presupuestos. Pero, en fin, puede haber unos años malos, aunque lo que se ha sembrado no desaparecerá, no tiene vuelta atrás, ya no será el páramo que existía hace veinte o treinta años.

—Usted ha hablado alto y claro también sobre algunos aspectos criticables de ARCO.

—Mis críticas van destinadas al hecho de que ARCO se ha vendido como una feria, es decir, un mercado de arte, como Basilea, donde existe confrontación de precios y de valores, cuando en realidad ARCO ha sido siempre más bien un lugar de encuentros, una fiesta, por decirlo de algún modo, comparable a veces a los coros y danzas de la época de Franco. Por otra parte, las administraciones autonómicas han ido a ARCO no a ver lo que se estaba haciendo en otros lugares del mundo, sino a comprar obras de artistas de la propia Comunidad. Para ese viaje no hace falta tantas alforjas. Mi crítica ha ido más a ese gasto de las administraciones en subvencionar galerías o artistas para ir a Madrid y comprar allí sus obras... Ahora bien, por supuesto a mí me parece muy bien que exista ARCO, simplemente me he limitado a realizar un par de críticas puntuales.

—Conoce bastante bien el mundo de las ferias de Arte internacionales y con frecuencia realiza también crónicas para la prensa sobre las mismas. ¿Cuáles son actualmente las ferias de referencia?

—La feria de referencia en el mundo del mercado del arte ha sido siempre Basilea, donde las grandes galerías americanas, europeas y orientales se reúnen, muestran sus obras y se comparan los precios, de la misma manera que los campesinos bajaban al mercado de la ciudad con sus productos. Después está la Feria de París. La clave de una buena feria de arte es que aparecen las grandes obras que están en circulación, que no están en los museos, y por lo tanto es posible verlas y saber cuál es el precio de una manera transparente, sin hablar en secreto, pues están ahí a la venta... En este sentido ARCO tampoco ha sido transparente porque nunca se ha sabido el precio de lo que se ha vendido, cuál ha sido la eficacia productiva de la feria.

—Siempre entre la Universidad y el Museo... ¿Con cuál se queda?

—Esa cosa de pertenecer a un solo campo no me ha gustado nunca. He ido de la Universidad al Museo y del Museo a la Universidad y pienso que las dos cosas son complementarias y positivas. La docencia da musculatura a la hora de estudiar, analizar la historia y poder explicar y confrontar tus propias ideas, y esto es positivo para después poder hacer el trabajo expositivo en el Museo, pues una exposición es un discurrir sobre la obra de un artista. Y al revés, también la experiencia del Museo es positiva para la docencia. Cuando has tenido cien obras de Giacometti en tus manos, imagina lo que puedes explicar en la clase...

Dickens 200

Alba Editorial celebra el Año Dickens con la publicación de otras dos obras del escritor inglés

J. A. OTERO RICART

■ Una especie de grandes almacenes de todas las emociones humanas. Así describía G.K. Chesterton la obra literaria de Charles Dickens, el autor inglés que mejor retrató la sociedad de la Revolución Industrial y los personajes de la época victoriana y del que se cumplen 200 años de su nacimiento.

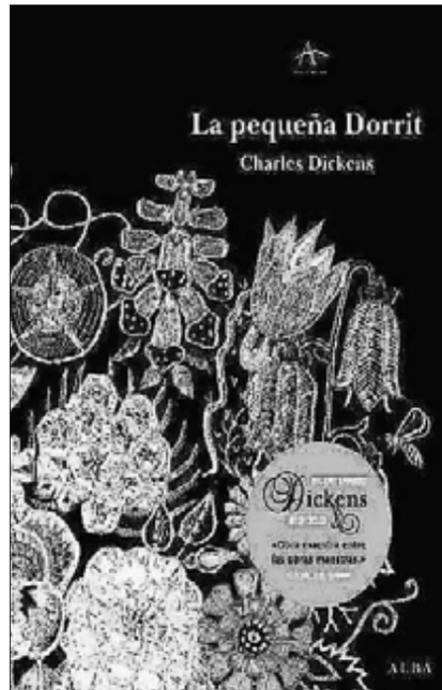
Para conmemorar el Año Dickens 2012 Alba Editorial publica en edición de bolsillo 'David Copperfield', una de las obras clave de la literatura universal. Desde su publicación por entregas entre 1849 y 1850, esta novela ha acompañada a numerosas generaciones de jóvenes lectores, dejando siempre en ellos una profunda huella. La edición de Alba presenta una nueva y excelente traducción íntegra de Marta Salís, la primera en castellano en más de cincuenta años de esta obra, que sigue despertando el interés de jóvenes y mayores. La traducción se basa en el texto de la primera edición, de 1850, que apareció poco después de que finalizase la novela por entregas.

Alba Editorial, que había publicado anteriormente 'David Copperfield' en una cuidada edición con las ilustraciones originales de H. K. Browne, Phiz, lanza ahora esta edición de bolsillo con el objeto de llegar al gran público y conmemorar como se merece este Año Dickens. 'David Copperfield' es todo un ejemplo de que se puede escribir literatura popular sin rebajar la calidad literaria. El autor se inspiró en algunos hechos de su propia vida, consiguiendo así dar toda la fuerza a unas situaciones que conoció personalmente: un niño criado por un padrastro frío y una madre enferma ingresa en un severo internado, después entra a trabajar en unos sórdidos almacenes...

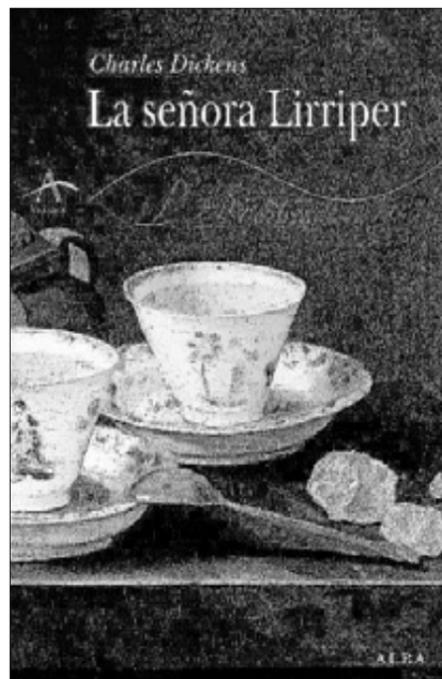
Charles Dickens nació en Portsmouth el 7 de febrero de 1812. Apenas recibió ninguna educación hasta los nueve años, pero muy pronto se convirtió en ávido lector. Tras vivir en uno de los suburbios más pobres de Londres, conoció el ambiente carcelario tras el ingreso en prisión de su padre por impago de sus deudas. Con doce años empezó a trabajar en una fábrica de betún para el calzado. En 1827 fue contratado como pasante en un bufete de procuradores y después como taquígrafo judicial. Tras colaborar como reportero en un periódico, en 1834 fue contratado como corresponsal parlamentario de The Morning Chronicle. Sus artículos tuvieron un gran éxito y dieron paso a la publicación de las primeras entregas de 'Papeles póstumos del club Pickwick'. Después aparecerían otras de sus grandes obras como 'Oliver Twist' -llevada al cine en numerosas ocasiones-, 'Estampas de Italia', 'David Copperfield' -de la que llegó a vender hasta 100.000 ejemplares- o 'La pequeña Dorrit'. Charles Dickens murió en Londres en 1870.

'La pequeña Dorrit'

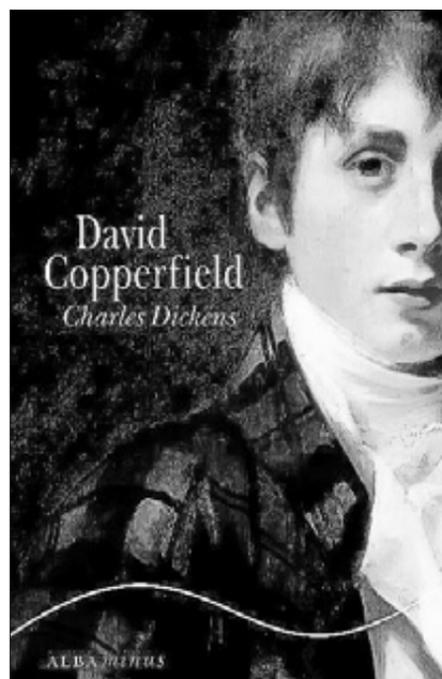
Para conmemorar el bicentenario de su nacimiento, Alba Editorial publica además una nueva traducción de 'La pequeña Dorrit' a cargo de Carmen Francé y Ismael Attrache y en edición de lujo. Publicada por



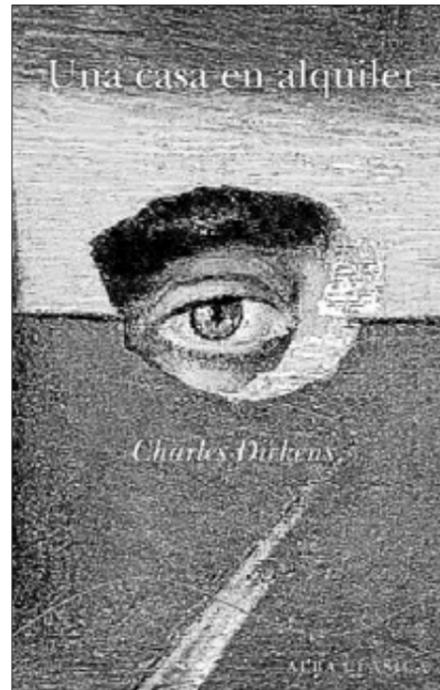
'La pequeña Dorrit'



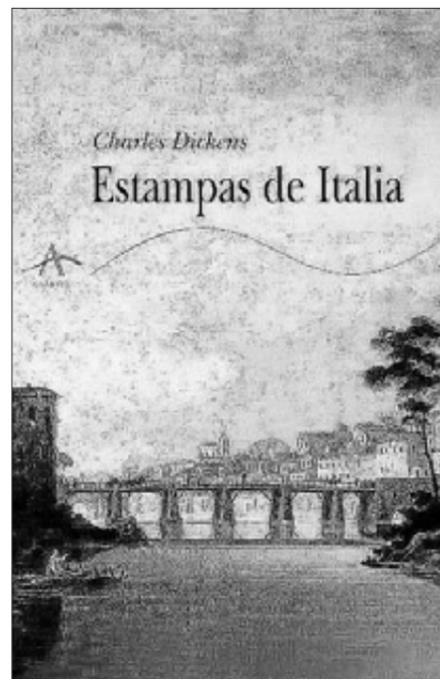
'La señora Lirriper'



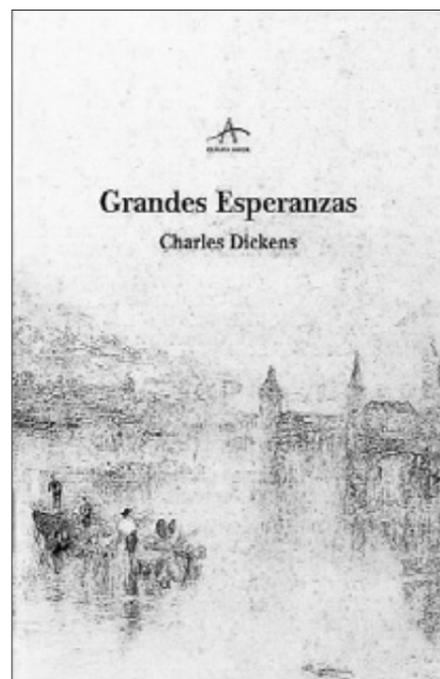
'David Copperfield'



'Una casa en alquiler'



'Estampas de Italia'



'Grandes esperanzas'

Para conmemorar el bicentenario de su nacimiento, Alba Editorial publica una nueva traducción de 'La pequeña Dorrit' a cargo de Carmen Francé y Ismael Attrache, y en edición de lujo

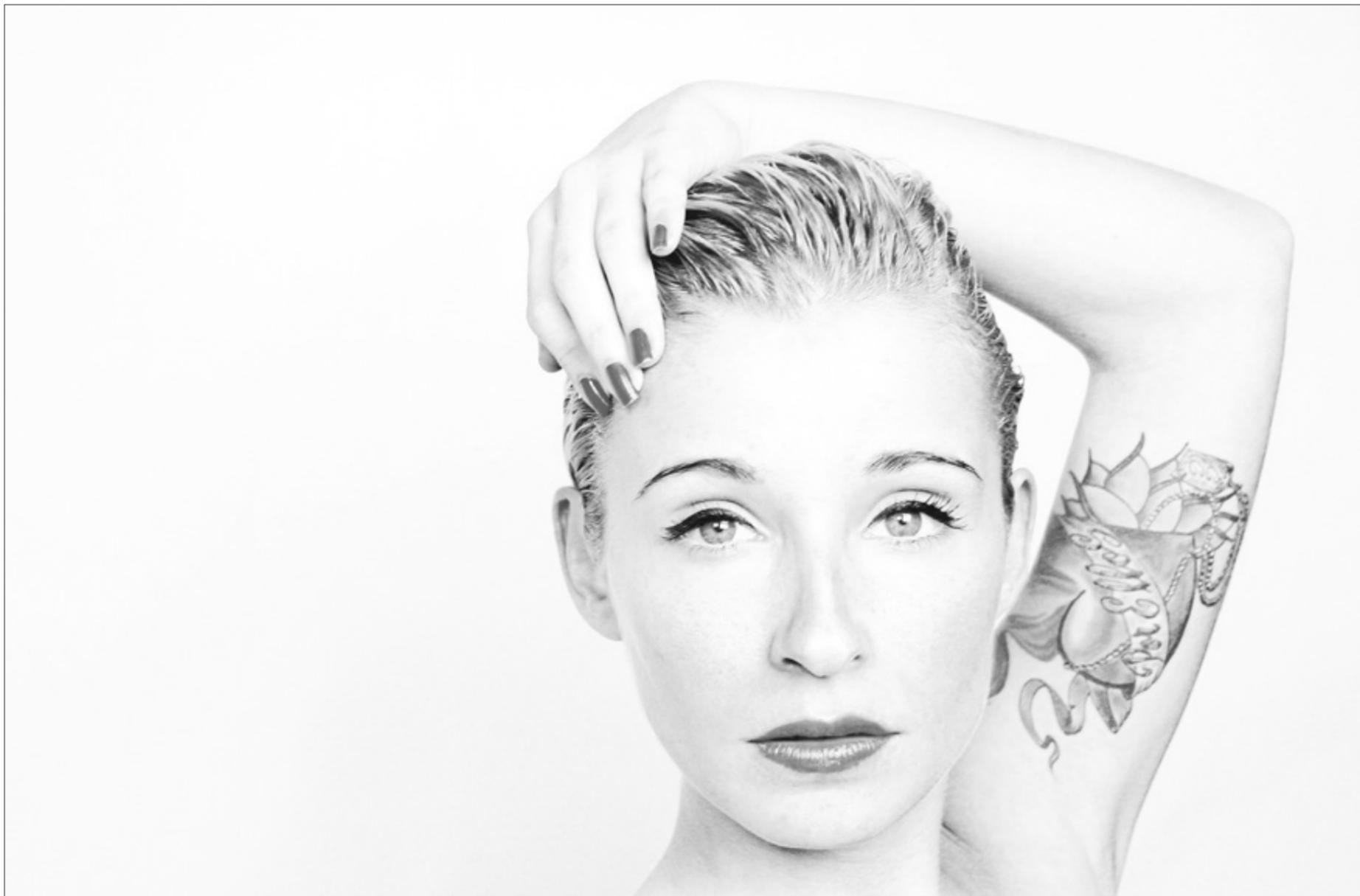
primera vez por entregas de 1855 a 1857, se trata de una de las mejores novelas de Dickens, todo un compendio de su destreza narrativa, de su ingenio cómico y de su talento para crear ambientes y personajes. Pero también es una sátira sobre la incompetencia del gobierno de la época y la hipocresía de la sociedad victoriana. Una buena parte de las críticas se centran en los problemas sociales de la industrialización, entre ellos la falta de seguridad de los trabajadores, así como en la incompetente e innecesaria burocracia de la Hacienda británica.

La editorial Alba tiene además en su catálogo otras destacadas obras del autor inglés como 'Oliver Twist', 'Grandes esperanzas', 'Estampas de Italia', 'Una casa en alquiler' y 'La señora Lirriper'.

'Oliver Twist' narra la historia del pequeño Oliver, criado en un hospicio, empleado y maltratado en una funeraria, que al escapar rumbo a Londres es reclutado por una banda de ladrones que él no reconoce como tales; un magnífico relato sobre la inocencia acosada. En 'Grandes esperanzas', el autor británico plantea el conflicto que vive el joven Pip entre la vida honrada y pobre de herrero rural y el deslumbramiento que le provoca la sociedad opulenta en la que entra gracias a un golpe del azar. Como en otras de sus obras, en esta historia aparecen huérfanos, amigos leales, presidiarios, herencias, prófugos... En una palabra, el mundo que conoció en su infancia.

'Estampas de Italia' es el resultado de casi un año de viaje por Italia en 1844. Con su agudeza como observador, Dickens se siente atraído por la desolación de los pueblos y ciudades, la vida callejera llena de colores y olores y los signos de un rico pasado. La excelente traducción de Ángela Pérez está realizada sobre la primera edición del libro de 1846, con algunas correcciones que Dickens introdujo en la edición posterior de 1859.

El despliegue de Alba Editorial para celebrar el Año Dickens 2012 será, sin duda, muy bien acogido por los lectores, que en algunos casos descubrirán por vez primera al escritor inglés. Un año, pues, para recordar a una utopía que, como señaló Chesterton, «Dickens es tan llano, que incluso los doctos exquisitos pueden entenderlo».



Una de las fotografías que formará parte de la exposición 'Limbo.' R. TEJERINA

Ser un muerto de hambre

RUBÉN TEJERINA

■ Limbo. Así se llama la exposición que preparo para el mes de junio, y de la que forma parte la imagen que ilustra hoy mis palabras titulada 'limbo #07#', en la que aparece la hermosa modelo Laura. En esta ocasión nuevamente, con más valentía que técnica, vuelvo a la fotografía, donde me serviré de la imagen para intentar desarrollar una idea que hace mucho me ronda, la de ese espacio que surge en la mayoría de las religiones, lugar neutro entre vivos y muertos, sin tiempo, donde las almas esperan su definitivo destino. Fotografías clarísimas, saturadas en su luz y color, donde solo pretendo buscar una belleza desorientada, y retratarla. Ahora bien: ¿tiene este deseo mío de exponer algún sentido? Lo que me lleva a otra pregunta: ¿Por qué les cuento esto? Permítanme seguir explicándome...

En cierta ocasión, Ángel, el padre de un amigo actor, le preguntó a su hijo a qué me dedicaba. Mi amigo dudó en su respuesta: «Es poeta, hace música, fotogra...» Y sin dejarle acabar la frase, su reacción fue rotunda (y me consta que cargada de cariño): «Vamos, otro muerto de hambre como tú». Y parte de razón no le faltaba, porque a efectos sociales, ¿qué significa ser artista? No sé bien cómo explicarles esto, solo se me ocurre decirles que es ser así y no poder ser de otra manera.

Parece que en el mundo son imprescindibles los cardiólogos, los arquitectos, los con-

tables, los empresarios, los ingenieros... y qué duda cabe, pero sin embargo parecen no ser vitales los trompetistas, los ilustradores, las actrices, los poetas. Desde nuestra educación más temprana en los centros de enseñanza estas disciplinas ocupan, si se produce el milagro, las horas muertas donde falta programación o como actividades extraescolares. Son como una propina innecesaria, se ven como prescindibles totalmente, como una limosna para los niños más inquietos. ¿Por qué no poner el mismo empeño en la creatividad que en la alfabetización? ¿Dedicar las mismas horas a las matemáticas que a la danza? Decía Picasso algo así, como que todos los niños nacen artistas, el desafío es seguir siéndolo cuando se crece.

¿Realmente alguien piensa que nuestro mundo sería el mismo si nunca hubiesen existido Kandinski, Chillida, Neruda, Mozart, Sinatra, Pirandello, María Callas, Eugenio, Faith Akim, San Juan de la Cruz, Nureyev, Machado, Robert De Niro, Gilda, Tim Burton, Disney, Chejov, Frida, Poveda, Fernando Fernán Gómez, Dante, Cantinflas, Bob Dylan, Marceau, Marceau, Brunelleschi, Paco de Lucía, Borges, Camaron, Chaplin, Michael Jackson, Vivaldi, Duchamp, Gardel? ¿Dónde busca remanso el espíritu del arquitecto? ¿Qué le quita la sed al alma del cardiólogo? ¿Qué le suaviza los días al ingeniero?

En estos tiempos que vivimos, más que nunca se necesita la belleza, el arte. Ahora que cada vez estamos más deshumanizados, que la economía asfixia, que el tiempo se cuenta

por horas de oficina, que es más fácil escribir un mensaje por el móvil que mirarnos a los ojos, ahora, son imprescindibles, esos muertos de hambre. «El arte permite al hombre dominar el caos que le rodea», afirmaba Arnold Hauser, y esto parece pasar inadvertido para la humanidad. A esa belleza, la del arte, a mí me gusta llamarla esperanza.

¿De verdad alguien piensa que seríamos los mismos sin 'Madame Bovary', 'Carmen', 'More than words', 'El Cascanueces', 'Los Simpson', 'La historia interminable', 'El bueno, el feo y el malo', 'El viejo y el mar', 'El mago de Oz', 'The Locomotion', 'La Gioconda', 'Lágrimas negras', 'Viaje al centro de la tierra', 'Toro Salvaje', 'Frankenstein', 'Carmina Burana', 'Nocturno en mi bemol mayor Op n.º 2', 'Caminito', 'Antígona', 'El Quijote'?

Ahora nos parecen sagrados estos títulos pero no deberíamos olvidar que en algún momento de la historia un muerto de hambre les dedicaba su tiempo, su energía, su vida, para que existan hoy, de la misma manera, que en estos instantes alguien desconocido le da vueltas a la trama de un guión, está inmerso en una coreografía, se pelea con un pentagrama, investiga en un personaje, moja los pinceles o termina un verso. Y hacen todo eso generalmente sabiéndose fuera del sistema, siendo considerados una rareza.

Reconozco lo complicado que es hoy en día alcanzar la estabilidad en una profesión: estudios, oposiciones, máster... Pero no se equivoquen, ser artista no es vivir en un mundo de ensoñación, ser bohemio, ser so-

ñador... Ser artista equivale a las mismas horas de formación que cualquier profesional: castings, audiciones, perfeccionamiento, entrega, sacrificio infinito... Un mundo igual de complejo que cualquier otro, persiguiendo un sueño. No se engañen, no es solo tener voz o defenderse con una guitarra, para que el cantante deleite en sus dos horas de concierto. Hay detrás toda una vida de esfuerzo. Parece que ser artista es celebrado cuando se llena el Palacio de los deportes o se expone en el MOMA, cuando se es portada de revista o tu cara ilustra la sección de música de los grandes almacenes, ahí es fascinante para la sociedad; mientras tanto se debe tocar en un bar por un par de copas o intentar escribir poesía en los ratos libres, en los que uno se quita el disfraz de camarero.

¿En serio alguien está convencido que todo sería igual sin las bulerías, el impresionismo, el fado, los cuentos, el ballet, el teatro Kabuki, el jazz, los sonetos, el cine negro, el dadaísmo, los comics, el teatro isabelino, el tango, el hip-hop, la ópera, el claqué, la danza africana, las elegías, los dibujos animados, la novela histórica, los grafitis?

Piénsenlo. Y si después de pensarlo su cabeza no les da ninguna conclusión, acudan al corazón y a ver qué pasa. 'Limbo' es mi próxima exposición fotográfica, así que me voy a continuar con ella, porque como les dije, mi vida es así y no podría ser de otra manera, y antes de dejarles permítanme una última frase: «Muertos de hambre, seguid alimentando las almas del mundo».

La incógnita del hombre

MIGUEL ÁNGEL GONZÁLEZ

■ Resulta significativo que, mientras disminuyen las vocaciones religiosas hasta el punto de poner en jaque a la jerarquía eclesiástica que ya no tiene efectivos para cubrir los servicios de sus iglesias, las facultades de Teología multiplican su alumnado con adultos que en muchos casos no son creyentes pero sienten curiosidad por el hecho religioso y por saber qué se dice allí de la Trascendencia.

Parece que el pragmático empirismo y la progresiva secularización de estas últimas décadas no han hecho desaparecer la inquietud del hombre frente a su destino. El hecho es que nuestro mundo alumbra nuevos mitos y misticismos, y basta rastrear los argumentos de novelas, ensayos, obras de teatro, poemas o las tramas de algunas películas que ahora mismo están en cartel, caso de 'El árbol de la vida' o 'Melancolía', para comprobar que seguimos preguntándonos por un Más Allá que necesitamos, pero del que no tenemos ninguna noticia.

Al analizar el asunto de Dios en el Arte y, sobre todo, en la Literatura, no tardamos en comprobar que, en última instancia, la única y verdadera cuestión que se plantea no es la incógnita de un Dios del que nada sabemos, sino la incógnita del hombre, algo que escritores, artistas y poetas abordan desde distintas perspectivas, sea de esperanza, desesperación, confianza, razón, miedo, angustia, rebeldía, orgullo, odio o amor. Lo que parece evidente, en todo caso, es que se trata de un problema que sólo los idiotas pueden orillar.

Hacer un recorrido por los planteamientos que tal asunto ha tenido es aquí, por razones de espacio, totalmente imposible, pero sí cabe decir que este argumento de nuestra oscura relación con el Absoluto —llámese Dios o como queramos— lo encontramos en todos los grandes autores, Camus, Gide, Huxley, Simone Weil, Graham Greene, Julien Green, Bernanos, Sartre, Henry James, Martín du Gard, Dostoyeski, Tolstoy, Malraux, Kafka, Vercors, Sholoyov, Unamuno, Charles Du bos, Gabriel Marcel, Péguy, Pirandello, Saint-Exupéry, Eliot, Thomas Mann, Valery, Mauriac, Joyce, Claudel y un etcétera que haría la relación interminable.

Si entramos en algunos ejemplos, vemos que Camus plantea la cuestión desde una honradez desesperada y desde su amor a la vida. «Estoy dentro de la noche y busco la luz en ella». Y lo que el escritor encuentra es una santidad laica, la religión de la dicha y de la rebelión. No puede aceptar el silencio de Dios frente al sufrimiento de los inocentes que le resulta insoportable y que ve como la punta más aguda del problema del Mal. «No hay peor error —dice en 'L'envers et l'endroit'— que hacer sufrir o permitir el sufrimiento». Gide, en cambio, naufraga en la apología del fervor sensible y en un panteísmo hedonista en el que Dios es sólo el éxtasis sensual de los sentidos. Gide elige ser «hijo de esta tierra» y su humanismo se basa en la promoción estética del hombre. Huxley, por su parte, hombre de inteligencia poco común, incisivo, corrosivo y

Si entramos en algunos ejemplos, vemos que Camus plantea la cuestión desde una honradez desesperada y desde su amor a la vida

Convertido al catolicismo en 1927, Greene está obsesionado por la presencia de Satán en un mundo donde Dios está desaparecido

burlón, *enfant terrible* que disfruta escandalizando a los conformistas, asustadizos y meapilas, nos habla de una religión sin amor.

El humanista de 'Contrapunto' acaba en la mística de 'L'éternité retrouvée' y la 'Philosophie éternelle' y, tras la recusación de las religiones reveladas y su anclaje en el más estricto empirismo, da un salto mortal y, por la vía de la teología apofática o negativa, proclama la identidad del 'yo' y el Absoluto, el Atman hinduista, la metempsicosis. Al final de sus días dirá que el hombre no precisa redención porque nunca ha habido nada que salvar. Para él no existe infierno ni condenación y, pasados millones de siglos, todo ser vivo conseguirá la liberación en un Universo reabsorbido por el Todo, aunque no explica lo que tal hecho significa.

Simone Weil es otro caso contradictorio. Inteligencia hipertrofiada y solitaria, lamenta la incredulidad de los creyentes y hace una primera apuesta por una forma de catarismo radicalmente reformista: opone a Roma, de la que reniega por sus continuas aberraciones, un credo personal y espiritual que es sólo abertura y espera. Según ella es del todo inútil que el ser humano busque a Dios y reclame su presencia, porque sólo puede esperar la iluminación en el quietismo. Al final de su vida, sin embargo, le apremia tener noticias de la Trascendencia y cae en la Gnosis que, en el fondo, es afirmar lo que negaba, una búsqueda desesperada de la evidencia y certeza de Dios desde el más estricto racionalismo.

Un caso diferente, para acabar nuestro

recorrido, es Graham Greene, mártir de la compasión. Convertido al catolicismo el 1927, Greene está obsesionado por la presencia de Satán en un mundo donde Dios está desaparecido. Según él, la tentación que acecha al ser humano es la desesperación y la amargura por una vida incomprendible a la que no nos resignamos. En los argumentos de sus novelas aparentemente profanas y que pueden pasar por obras de intriga o policíacas, hay siempre una extraña resonancia, una atmósfera habitada por la presencia del Mal con mayúsculas, que, in extremis, salva un mínimo acto de amor. En 'Le fond du problème', por ejemplo, cuando una niña agoniza angustiada, el protagonista, Scobie, se ve anegado por la compasión y reza: «Padre, robadme a mí la paz, pero dádme la paz a ella». Y esta misma presencia del tema de Dios y la Trascendencia en la literatura la tenemos en el cine. ¿Quién no se acuerda de películas como 'Balarrasa', 'Yo Confieso', 'Viridiana', 'Un hombre para la eternidad' o 'Las sandalias del pescador'?

Autores como Dreyer, Bergman o Lars von Trier, no han dejado de hablarnos del enigma del hombre y del silencio de Dios. Y más recientemente, hemos visionado 'Camino', 'El gran silencio', 'Dioses y hombres', 'Thérèse', 'La cinta blanca' y 'Cartas al padre Jacob'.

Es evidente que 'algo' está pasando. La pérdida de valores y la soledad del hombre nos lleva a replantear, en la posmodernidad de nuestros días, los claroscuros de nuestra existencia. Como anticipó André Malraux «el siglo XXI será espiritual o no será».



Una secuencia de 'Melancolía', del cineasta Lars von Trier. D. I.